

Prólogo

Tres lecciones sobre la relevancia de Erik Olin Wright para las luchas del presente

MÓNICA CLUA LOSADA

El capitalismo es crisis. En algunos momentos concretos, esta turbulencia puede agudizarse e iniciar procesos de destrucción, recomposición y decomposición más acelerados de lo habitual. Son precisamente estos instantes de excepción los que nos permiten regresar a debates que quizás habían quedado olvidados. La teoría crítica nunca existe —o no debería existir— como disciplina apartada de las prácticas políticas emancipatorias. La publicación en castellano de *Clase, Crisis y Estado* (EOW, a partir de aquí), de Erik Olin Wright, nos brinda una herramienta necesaria para reexaminar los debates sobre el estado capitalista, la situación de la lucha de clases, o las crisis múltiples, y permanentes, en las que se encuentra la economía política. En una coyuntura global donde las crisis financieras y económicas, pero también sociales, políticas y climáticas, son cada vez más recurrentes, la necesidad de complejizar sus relaciones para mejorar nuestra acción anticapitalista es una urgencia.

Es por eso que para mí es un honor escribir este prólogo, y me hizo mucha ilusión cuando el editor de Verso, Simón Vázquez, me lo propuso. Imagino que algo habrá tenido que ver en la elección tantos años de conversaciones sobre el estado, el capitalismo y la lucha de clases en los distintos espacios de pensamiento y lucha compartidos. Más allá de lo anecdótico, observamos que la teorización, la crítica y la praxis están entrelazadas en cada una de nuestras esferas vitales. Ya no existen torres de marfil desde donde teorizar cómodamente, pues las universidades se han convertido en casas de papel que precarizan nuestras vidas mediante alusiones diversas a la ideología de la productividad. Pero lo cierto es

que la producción de conocimiento social cada vez es más irrelevante. Esta es precisamente una de las razones por las que muchas de nosotras buscamos espacios compartidos más allá de la academia, capaces de escapar a de las jerarquías (reales e imaginarias) que nos impone este sistema de producción de conocimiento capitalista y neoliberal. Espero que este libro contribuya al debate en esos espacios en los márgenes, y también que recupere su lugar en las clases de ciencia política, disciplina donde el estudio del Estado brilla cada vez más por su ausencia.

Contextualizar al autor y su obra desde una perspectiva político-económica debería ser siempre el punto de partida de cualquier análisis marxista. No basta solo con atender a las distintas relaciones entre las familias políticas del marxismo, o con las distintas corrientes dentro de la teoría crítica del estado. Concretamente, EOW representa un tipo de marxismo que a menudo es considerado academicista, como el tipo de texto habitual en las universidades norteamericanas, pero que consiguió mantenerse y desarrollarse como perspectiva teórica y metodológica legítima dentro de la frontera de las ciencias sociales en un momento de persecución intelectual contra el marxismo.

En mi opinión, ocupar espacios en la universidad e influir en el desarrollo del conocimiento académico es un aspecto importante a la hora de entender la lucha de clases. La universidad, como institución capitalista encargada de garantizar la producción y la reproducción del conocimiento como forma mercantil, es también un lugar donde plantear la batalla política. Tanto EOW como otros de sus contemporáneos (pienso en Michael Burawoy o Angela Davis) muestran que existen alternativas a la producción y reproducción capitalista del conocimiento.

Marx apunta en el *Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, que la historia se repite dos veces: «la primera vez como tragedia, la segunda como farsa».¹ Los paralelismos entre la década de los años setenta del siglo pasado, cuando este libro fue publicado, y nuestra larga década actual (iniciada en 2011), es el siguiente: si las luchas y experimentos de institucionalización de las izquierdas del pasado podrían calificar como tragedia, la experiencia de estos últimos años se ha convertido en una completa farsa. Una mirada y análisis críticos acerca del estado capitalista como los que plantea EOW son más necesarios que nunca para

1 Marx, K. (2015) “El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte” En *Antología Karl Marx. Selección e introducción de Horacio Tarcus*, Siglo XXI Editores, Madrid.

articular los debates sobre la relación entre movimientos emancipatorios anticapitalistas y las propias instituciones capitalistas.

Como prueba, la metodología de nuestro autor, que estructura el libro en cinco ejes de análisis y enfoques. Estos podrían considerarse ensayos independientes en sí mismos, pero en su conjunto ofrecen un argumento cohesionado y sustancial sobre el triángulo entre teoría crítica, Estado y ciencias sociales. EOW inicia el trayecto a través de una introducción metodológica, que otorga primacía tanto a la necesidad de pensar, o repensar, la labor de investigación en las ciencias sociales, como a que estas pueden llegar a ser herramientas útiles para la crítica y la emancipación. En segundo lugar, se refiere a la cuestión sobre cómo el capitalismo estructura las relaciones de clase (entre clases e *intra* clases) a través de un diálogo crítico con Poulantzas. A continuación, analiza las tendencias a la crisis del capitalismo y la relación entre crisis y estado. En el cuarto ensayo, y tomando como punto de partida a Lenin y Weber, considera la organización del estado, es decir, su burocracia, para identificar la forma y los límites del estado capitalista. Finalmente, y como toda teoría crítica y emancipatoria debería hacer, EOW va más allá del análisis teórico y ofrece algunos apuntes, a modo de conclusión, sobre estrategia socialista. Esto lo convierte en un volumen fundamental para orientarnos en los debates sobre el Estado, marxismo y el rol de la teoría revolucionaria, tan necesario en estos tiempos.

Metodología

Respecto a las cuestiones metodológicas más concretas, el punto de partida que EOW elige para este libro es especialmente inspirador. Inicia el recorrido por la metodología, así como la crítica a la fetichización de la metodología por parte de las ciencias sociales contemporáneas, remarcando a su vez la necesidad de avanzar en la investigación empírica desde las filas marxistas que encuentran en la academia. Como he apuntado antes, siempre es importante conocer el contexto para entender los postulados de un autor. Por un lado, cabe destacar la revolución de los estudios del comportamiento que empezaban a inundar el ámbito de las ciencias sociales en los años setenta. Estos eliminaron la posibilidad de analizar las cuestiones estructurales, como el capitalismo o el estado, de los objetos de estudio. En su lugar, ofrecían análisis superficiales que solo

examinaban aquellas variables que podían ser observadas empíricamente.² Desde la academia marxista norteamericana, con EOW como uno de sus principales exponentes, se reaccionó desarrollando herramientas que permitían la observación empírica pero sin caer en la trampa del empiricismo., que elevaba el positivismo al grado de ciencia única.

La revolución de los estudios del comportamiento en las ciencias sociales ocurrida durante los años sesenta y setenta, constituyó un cambio radical no sólo en los ámbitos de estudio, sino en las posibilidades metodológicas de las que disponían las ciencias sociales. Al fin y al cabo, el positivismo asume que la realidad social existe de forma independiente a quien la investiga o analiza. Quizá una de las críticas más didácticas hacia esta corriente fue el estudio sobre el poder que realizó Steven Lukes.³ Para Lukes, se puede conceptualizar el poder desde tres perspectivas. En primer lugar, la positivista que coloca su énfasis sobre el comportamiento. Esta es una perspectiva «unidimensional», es decir, se fija meramente en aspectos como la toma de decisiones, algunos temas clave que aparecen en la agenda política, los conflictos manifiestos y observables o aquellos intereses *subjetivos* que aparecen como preferencias políticas a través de la participación política individual (ya sea a través de preferencias electorales o de la participación en movimientos sociales y protestas).

En segundo lugar, se encuentra la perspectiva «bidimensional» privilegiada por los estudios sobre elites e instituciones de marcado carácter anti-marxista, ya que entienden la dominación no como una dominación «de clase» sino como la capacidad de las elites y las instituciones de garantizar la estabilidad del sistema político. A menudo mal interpretada su implicación política, pues no contienen una mirada crítica en el sentido de tener como objetivo la emancipación de las clases trabajadoras, esta aproximación nos alerta de la necesidad de entender tanto la toma de decisiones como también la toma de *no-decisiones*. Esto es, aquellas cuestiones que no entran en la agenda política o el debate público también sirven para demostrar cómo se configuran las relaciones de poder. Dicha aproximación, la cual podemos considerar de carácter weberiano, sigue

2 Empleo el término «superficiales» no de forma despectiva, sino para mostrar la desaparición de distintos niveles de abstracción en las ciencias sociales. Los estudios del comportamiento intentaron mostrar (algunos con más destreza que otros) las cuestiones sociales que aparecen en la superficie.

3 Lukes, S. (2004) *Power. A radical view*. Palgrave, Londres.

estando limitada a su consideración unidimensional sobre los intereses subjetivos. Sin embargo, entiende que estos pueden expresarse no solo como preferencias políticas, sino también como *agravios*, y que no existe la necesidad de desarrollar una articulación política concreta.

La propuesta metodológica de EOW, en cambio, nos aproxima a la tercera perspectiva que establecía Lukes, aquella que realiza una crítica a la totalidad de las aproximaciones que emplean los estudios del comportamiento. La visión «tridimensional» del poder nos alerta de que las aproximaciones anteriores (la positivista y la weberiana) son visiones metodológicamente individualistas e incapaces de conceptualizar la sociedad más allá de la agregación de intereses individuales. Al contrario, una metodología marxista entiende que no solo es necesario investigar la toma de decisiones, o de no decisiones, sino aquellas cuestiones que *estructuralmente* están fuera del debate y las posibilidades políticas.⁴

En esta línea, las metodologías convencionales presentes en las ciencias sociales son incompatibles con el análisis que requiere la teorización marxista. Ahora bien, esto no significa que por ello dejen de ser útiles. La subjetivación, aquello observable, siempre existe; es parte de la realidad material y por lo tanto debe ser investigado. Pero necesitamos las herramientas metodológicas adecuadas para ser capaces de analizar la realidad social que se esconde detrás de lo observable, es decir, lo estructural. Como apunta EOW en su propuesta metodológica:

Por el contrario, la experiencia social de la vida cotidiana inmediatamente confrontada es extremadamente importante. La gente se muere de hambre «en el nivel de las apariencias», incluso si esa desnutrición mortal se produce a través de una dinámica social no inmediatamente observable. La clave de la distinción entre apariencias y realidad subyacente no radica en despreciar las primeras, sino en proveer una base para explicarlas. El punto central es que el vasto muestrario de fenómenos empíricos inmediatamente observables en la vida social solo puede explicarse si analizamos la realidad social que se oculta tras dichas apariencias. Si nos quedamos únicamente en el nivel de estas, podremos describir los fenómenos sociales e incluso predecirlos, pero no seremos capaces de explicarlos.

4 Cabe añadir también la posible interrogación de aquello que constituye el «interés». Existen intereses subjetivos, por supuesto, pero también existen intereses reales, aun cuando no se articulan o expresan políticamente.

En este sentido, cualquier investigación marxista que quiera ir más allá de la pura abstracción filosófica y desarrollar una teoría emancipatoria para plantear la lucha de clases en nuestras sociedades actuales debe resolver la complejidad metodológica sobre cómo operacionalizar distintos niveles de abstracción. Según EOW, «el problema reside en *cómo* ir de lo concreto a lo abstracto y en *cómo* volver». Metodológicamente, las ciencias sociales convencionales con orientación teórica a lo sumo realizan el primer paso, solo que no existe ningún planteamiento sobre el retorno, a saber, una metodología dialéctica y, por lo tanto, no lineal. Algo de lo que las investigaciones marxistas también adolecen, como criticaba EOW al afirmar que «la investigación marxista se convierte a menudo en algo puramente descriptivo, contribuyendo solo marginalmente al desarrollo de la teoría». Al fin y al cabo, sostenía, «los movimientos históricos son susceptibles de ricas descripciones mediante el uso de categorías marxistas, pero es difícil convertir tales descripciones en transformaciones de la teoría».

Estado capitalista

Respecto a la conceptualización del estado capitalista, este es aspecto clave tanto dentro del marxismo como en los sucesivos trabajos de EOW. Quizá sea simplificar demasiado, pero me gustaría introducir algunos aspectos básicos que guían las distintas aproximaciones y cómo se relacionan con el pensamiento de nuestro autor. El Estado se podría conceptualizar como la herramienta represiva de la burguesía, es decir, como el eje que domina a las clases populares. Esta perspectiva, caracterizada por su *funcionalismo*, se atribuye a teóricos (y revolucionarios) como Lenin o Hal Draper. Otros, como Ralph Miliband, han colocado el foco en conceptualizar el Estado como un *instrumento* de las clases dominantes. Los debates continentales, y más concretamente los textos Altvater o Hirsch, han tratado el Estado como una suerte de capitalista colectivo ideal, capaz de condensar los intereses del proceso de acumulación por encima de los intereses particulares de las distintas facciones del capital. Finalmente está la aproximación de Poulantzas y Jessop, quienes entienden el Estado como un factor de cohesión de la formación social. En la perspectiva de EOW, aunque el Estado sea ineficiente a la hora de desempeñar su función principal, garantizar la reproducción del capitalismo, o directamente no la cumpla en algunas ocasiones, ha sido diseñado para ello.

Todas estas aproximaciones contienen aspectos importantes, pero no asumen la necesidad de complejizar las teorías del Estado capitalista en el siglo XXI. Si tal y como apunta Harvey⁵ no queda ningún lugar en el mundo donde no se hayan desarrollado las relaciones de producción (y reproducción) capitalistas, yo apuntaría que tampoco quedan espacios libres de la presencia del Estado,⁶ que es hoy omnipresente en la articulación, producción y reproducción de dichas relaciones sociales. De esta forma, el estado se podría interpretar como relación social, pero también como una institución capaz de incorporar, producir y reproducir las contradicciones de las relaciones sociales del modo de producción capitalista.

En los términos de Simon Clarke, uno de los principales problemas de la teoría crítica del estado, aun alabando los importantes avances alcanzados en los años setenta, ha sido la incapacidad de producir análisis que no se pierdan en ejercicios de abstracción extrema (y a menudo inútil) o que, al contrario, se desplieguen únicamente en el campo concreto, padeciendo de un empiricismo que sólo sirve para describir la realidad aparente y se queda encallado en lo particular. De acuerdo con Clarke:

La incapacidad de integrar adecuadamente forma y contenido quizás indique que algo no marcha bien, tanto metodológicamente (en no lograr localizar correctamente los niveles de abstracción adecuados a los conceptos particulares) como conceptualmente (en el modo en el que se ha planteado el problema del Estado desde un principio)⁷

Siguiendo este argumento, la contradicción principal de las teorías críticas del estado se encontraría en su capacidad para conceptualizar la forma y el contenido del estado. Aunque pueda aparecer como un ente autónomo, el estado tiene carácter de clase, es decir, no es solo la expresión superficial de la lucha de clases. Analizar el estado desde una perspectiva marxista implica ir más allá de una concepción que se

5 Harvey, D. (2020) *The Anti-Capitalist Chronicles*. Pluto Press.

6 No me refiero a estados-nación concretos. Es cierto que en lugares concretos existen estados fallidos y en otros la legitimidad, soberanía y dominación del estado en concreto es cuestionable. Pero sí que existen relaciones cuasi-estatales a través de la dominación transnacional de los Estados capitalistas. Por ejemplo, a través del Banco Mundial, el FMI, las instituciones de la Unión Europea o los tratados de 'libre' comercio.

7 Clarke, S. (1985) "Estado, lucha de clases y reproducción del capital" En VV.AA. *Capitalismo y Estado*. Editorial Revolución, Ciudad de México, p. 50.

limite a entender la forma institucional del estado capitalista. De esta forma, ameritaría complejizar tanto la lucha de clases como el estado. Hábilmente, y a través de una discusión teórica con Poulantzas, EOW ofrece algunos apuntes importantes sobre cómo se estructura la clase, y por qué debemos analizarla en relación con el estado. Este es quizás el aspecto que más ha sido criticado sobre nuestro autor, el intento de crear un análisis empírico sobre la clase, transformación de la abstracción a la hora de comprender la composición de clase en favor de un análisis enfocado a entender la estratificación social desde el punto de vista empírico. Ciertamente, en defensa de EOW basta con reproducir sus propias palabras: «el propósito de las tipologías es esclarecer las relaciones entre los diferentes criterios, no convertir el análisis de las clases y de la lucha de clases en un ejercicio estático de categorización».

La teoría social y la política burguesa

Al margen de sus lecciones sobre las formas que puede adoptar el estado capitalista, EOW nos invita a la comparación entre dos perspectivas sobre las estructuras políticas y la racionalidad del estado capitalista. En el ensayo sobre burocracia y estado, enarbolando el análisis de Lenin y Weber, nos acerca a dos tipos de racionalidad: en Weber, la *racionalidad formal* es necesaria para la eficacia de las instituciones y la responsabilidad política, que contribuye a la estabilidad política; en cambio, Lenin apunta hacia una *racionalidad sustantiva* que contribuye a entender las instituciones y estructuras del estado en relación con los intereses de clase que sirven. Ambos comparten la visión de que la burocracia efectiva representa los intereses de la acumulación capitalista, aunque uno y otro consideran que tal burocracia debe ser destruida y reemplazada (Lenin) o profesionalizada y reforzada (Weber). Para este último, además, la burocracia estatal efectiva es aquella que muestra responsabilidad política al mantener las relaciones sociales, políticas y económicas existentes. Esta división entre ambos autores nos lleva al punto más relevante del ensayo de EOW para entender los debates contemporáneos sobre el estado. Especialmente en un momento en que las izquierdas anticapitalistas y/o transformadoras demuestran con su experiencia en la última década las contradicciones entre llegar a las instituciones del estado para transformarlas y la necesidad de mantener la *responsabilidad política*. Dado que el parlamentarismo que defiende

Weber exige líderes políticos capaces de negociar y formar consensos o alianzas, diríamos citando a EOW, la política Weberiana siempre «requiere la aceptación de metas políticas que sean compatibles con el orden social existente». Seguramente, la transformación socialista es imposible de desarrollar desde las instituciones capitalistas, pero, ¿es posible desarrollar una política anticapitalista sin caer en la trampa de la *responsabilidad política*?

La respuesta es más compleja de lo que EOW, o yo misma con este prólogo, podamos aportar. La práctica revolucionaria, tanto dentro como fuera de las instituciones, es capaz de abrir brechas emancipatorias en según qué coyunturas políticas, pero también de cerrarlas, como ha sido el caso de las más recientes. El contexto, el desarrollo de la lucha de clases, o la capacidad organizativa fuera de las instituciones pueden ser factores importantes para inclinar la balanza hacia un lado o hacia otro, pero la historia nunca viene predeterminada, sino que cada momento de lucha contribuye hacia un horizonte u otro.

La acción política institucional –y la parlamentaria en concreto– no ocurren en un vacío. Suceden en el contexto de contradicciones sociales reales en el marco del proceso de acumulación capitalista. Como alerta EOW, «si no existieran antagonismos de clase insolubles, si hubiese realmente un potencial de consenso social genuino, los compromisos y las negociaciones realizados a través de la política parlamentaria podrían ser concebidos en términos de una eficacia política puramente técnica». Esto es, pensar que la transformación socialista es posible dentro de un sistema político construido a partir de la subordinación y explotación de clase no es más que una quimera.

Contra, dentro y más allá del Estado capitalista

La cuestión del Estado capitalista se encuentra más vigente que nunca en el siglo XXI. Es evidente que el progreso capitalista es sinónimo de destrucción de las posibilidades de vida y futuro, y que tiende a definir como un proceso de regresión todos aquellos momentos en que grupos oprimidos consiguen algún avance. El estado se encarga de gestionar esa contradicción. Por ejemplo, aun cuando parece que existe un sistema legal de igualdad de oportunidades y derechos, las personas racializadas son siempre quienes más posibilidades tienen de sufrir violencia por parte del aparato represivo del estado. Que en pleno siglo XXI haya que

recordar constantemente que las vidas negras importan muestra que el Estado capitalista es, sin duda alguna, un Estado racista. Pero no es únicamente racista, o capitalista, también es patriarcal y ecocida. Es necesario recordar que no todas vivimos, producimos y reproducimos el Estado de la misma manera. Y que el Estado tampoco nos reprime igual, pues la dominación siempre está atravesada por diversos vectores que refuerzan y posibilitan la acumulación capitalista, pero también las posibilidades de lucha y emancipación.

En una situación como la actual, donde la ira autoritaria del Estado muestra su peor rostro, donde la recomposición del capital se ha acelerado, y su expresión política e institucional ha reiniciado el camino hacia la regresión y persecución de derechos hasta ahora “garantizados” por ciertas democracias liberales, nos toca la ardua tarea de pensar la situación actual desde la crítica a la economía política del Estado. Y esto conlleva teorizar desde distintos niveles de abstracción, de ser capaces de analizar contextos y momentos concretos, y utilizar estos para avanzar en nuestra concepción y crítica del estado.

La liberación de las clases populares, el desarrollo del socialismo y la construcción de un futuro digno de ser vivido pasa por la abolición de las estructuras del Estado capitalista y del propio Estado. Pero el proceso de abolición, por un lado, y de construcción de formas de organización autónomas de la clase obrera por otro, no es un proceso predeterminado o fijado previamente. El análisis del estado, su crítica, no puede existir fuera del análisis de la lucha de clases, y a la inversa. Esta es la tarea que tenemos por delante.

La traducción y publicación de este libro resulta más necesaria que nunca porque los debates sobre el estado populares en la academia anglosajona y alemana durante los años setenta nos han llevado a una situación difícil de comprender desde las categorías tradicionales. Es una buena arma para el momento político actual, uno que requiere de un nuevo empeño colectivo para desarrollar nuestras propias críticas al estado capitalista, nuestras propias conceptualizaciones sobre la abolición del estado capitalista y sus instituciones represoras.

Reconocimientos

Toda producción intelectual es, en último término, un proceso social, pero tengo la sensación de que este libro ha sido especialmente conformado por los intercambios colectivos que he venido manteniendo de cinco años a esta parte. Cada uno de sus capítulos pasó por muchas versiones antes de considerarlo acabado, beneficiándose todas ellas tremendamente de los comentarios críticos formulados por un gran número de personas. Estoy especialmente en deuda con el colectivo de *Kapitalistate*, del área de la bahía de San Francisco, que ha constituido incuestionablemente el foro más estimulante para el desarrollo de muchas de las ideas de este libro. Querría también expresar mi gratitud especial a Michael Burawoy, Manuel Castells, Roger Friedland, David Gold, Andy Levxne y Luca Perrone por los intensos debates mantenidos con ellos sobre cada uno de los aspectos del presente trabajo. Además de los citados, quienes a continuación se nombran han leído diversos trozos del libro, ofreciéndome comentarios y sugerencias que, de una manera u otra, se han incorporado al producto final: Daniel Bertaux, Kathy Blee, Sam Bowles, Amy Bridges, Winnie Breines, Jens Christiansen, Al Gedicks, Barbara Heyns, Alex Hieles, Rebecca Kharkov, Robert L. Kahn, Ira Katznelson, Margaret Levi, Clarence Lo, John Mollenkopf, Jim O'Connor, Claus Offe, Nicos Poulantzas, Adam Przeworski, Michael Reich, Jesse Schwartz, Michael Soref, Arthur Stinchcombe, Al Szymanski, Göran Therborn, Kay Trimberger, Alan Wolfe, Marcia Kahn Wright, Glen Yago y Maurice Zeitlin. Por último, querría expresar mi agradecimiento a los editores de la *New Left Review*, y a Perry Anderson especialmente, por los comentarios extremadamente concienzudos y perspicaces que dedicó al manuscrito original. La mayor parte de los desarrollos teóricos surgidos en el texto a lo largo del año pasado fueron directamente provocados por sus críticas.